

# LA CENSURA

**L**a libertad de imprenta no es una ventaja o un privilegio que requiera para sí una casta de mandarines o un grupo de poder: es un derecho de la sociedad. Reprimir o limitar, o crear un ambiente de miedo y persecución en torno a la prensa no es sólo castigar a quien escribe o informa: es evitar que la información y la opinión —que también es una información, puesto que es el análisis, el examen, el comentario, la explicación de un hecho— alcance a una mayoría. Los períodos más oscuros, más tortuosos o más sangrientos de la Historia van siempre acompañados de una supresión de publicaciones y una condena a sus autores: a veces la pira ha acabado simultáneamente con libro y autor. Inversamente, la libertad de publicación acompaña los mejores momentos de la convivencia de las sociedades.

Cuando un ciudadano ve que se ejerce la represión sobre los medios de expresión y sus autores o responsables debe saber, en primer lugar, que se le está reprimiendo a él mismo: que algo suyo está siendo perseguido. Atañe a su personalidad, a su dignidad. Directamente, a sus derechos.

Hay un segundo estadio más grave: la infiltración, la inundación de los medios de expresión de todos los órdenes. Está claro que cuando hablamos de "libertad de imprenta" no nos limitamos al pie de la letra, sino recogiendo una frase consagrada por el heroico siglo XIX, en el que sólo la imprenta facilitaba esa libertad, junto a la palabra hablada. En el tiempo de hoy esa libertad se refiere tanto al periódico y el libro como al cine, el teatro, la radio y, desde luego, la televisión. Cuando esos medios de expresión son anegados por el poder, el ciudadano está sometido a una grave presión y el poder empieza a perder su legitimidad democrática. No sólo se suprimen las noticias y las opiniones que conviene, sino que se malforman, se invierten, se manipulan o se inventan.

Todo esto está empezando a ser grave en España. Hemos salido del período más grave en el atentado a la libertad de expresión después de la Inquisición, el período franquista. Había habido un primer movimiento de retracción de los aficionados a cortar lenguas, de los profesionales de la censura, de los distintos estamentos con poderes para la represión. Están volviendo. No son personajes nuevos: son los

de siempre. La libertad, respetándose a sí misma, admitió que siguieran existiendo. Ellos no respetan a la libertad ni tienen más respeto a sí mismos que el de sus propios intereses. La democracia sólo forma parte de su respeto cuando pueden utilizarla para servir esos intereses, sostenerles en el poder o, simplemente, enriquecerles.

Los ataques a la libertad de expresión son ataques a la democracia.

La persecución a los periodistas forma parte de un terrorismo desde arriba.

La lista de periodistas que sufren alguna o varias formas de persecución se agranda. Tiene caminos que permiten las leyes, otras veces se realizan en forma de patrañas o de truculencia; o de simples amenazas telefónicas o por cartas anónimas. Es más que una coincidencia que los periodistas amenazados lo sean, simultáneamente, por los tres medios. Podría decirse que entre los que utilizan esos medios —y los de las bombas y el crimen, desde "El Pápus" a "El País"— aparecen unidos aunque sea de una forma inmaterial, filosófica. Designan, simultáneamente, a los mismos personajes y a los mismos medios para ser perseguidos. Todo esto está sucediendo claramente ante los ojos de los ciudadanos. Si se unen estos datos a otros de la vida nacional, y aun de la actuación internacional, aparece un grave panorama. Una amenaza directa contra un régimen que no se ha querido consolidar suficientemente: se han dejado las suficientes brechas constitucionales, legales, reglamentarias, institucionales, para que todo sea posible. Empieza a serlo.

Junto a estas persecuciones, que son una censura por la vía de la violencia y de la fuerza, aparecen las inevitables infiltraciones. El Gobierno dirige unos "medios de comunicación social" pagados con los medios de la colectividad; posee —a pesar de todos los sistemas supuestos de "control"— una televisión que pone a trabajar para su propio servicio. Y una radio. Y una agencia de noticias que es paraestatal: simplemente, que es gubernamental y que dispone del grueso de la información. El Gobierno dirige el teatro: tiene mil manos y mil procedimientos para cerrar salas o para convertir las propias en una competencia de riqueza y espectáculo frente al teatro privado; dispone de subvenciones que discriminan. Sub-

venciona periódicos, subvenciona el cine: clasifica las películas y discrimina las salas que las exhiben. Premia a escritores o rechaza a otros. Niega medios para la asistencia a simposios y congresos en el extranjero a aquellos de los que no gusta; envía sus funcionarios o sus privilegiados.

Todo esto, las acciones y las omisiones, el dinero que da y el que quita —incluso el que no restituye después de sentencias firmes—, forman un aparato complejo, un poco caótico, un mucho cínico, de censura. No puede tener otro nombre. La censura está volviendo y sólo tiene pudor para apuntar su nombre verdadero. Ha cambiado de métodos: apenas ha cambiado de personas. En todo caso, a algunas las ha encumbrado, les ha dado más brillantes cargos; les ha regalado la camisa blanca de la democracia.

El límite lo tiene que poner no sólo quien se dedica a la expresión y a la información, que ya lo hace, y con tal seguridad que probablemente algún día habrá historiadores de alguna objetividad que reconozcan el papel primordial que la prensa y los periodistas tuvieron en el establecimiento de un régimen que pretendía ser democrático y que, curiosamente, son los mismos que ahora sufren persecuciones y amenazas. El límite lo tiene que poner el ciudadano, que debe dar todo el valor que tiene a una categoría: la de lector, la de espectador.

El lector, el espectador, tiene que defender esa parte suya, de su libertad y de su ciudadanía, que es la de la prensa propia. Sólo puede tener prensa propia cuando ésta es plural y libre: cuando el ciudadano puede elegir y puede comparar. Tiene derecho a una televisión enteramente libre, donde todas las formas de pensamiento y todas las formas de información aparezcan: tiene que ser plural en sí misma. Tiene derecho al libro, al cine, al teatro: y lo que debe exigir a quienes representan al Estado es que ayude, abarate, suprima cargos y fiscalidad a los medios de expresión sin discriminación de ninguna clase.

Es precisamente en este momento cuando se está decidiendo el principio de la libertad de información y, simultáneamente, el principio de libertades individuales y colectivas, que son inseparables. Si se deja pasar más tiempo, será demasiado tarde. ■